

da con alcohol, y, de vez en cuando, «para relajarme», así se lo vendía a sí misma, «marihuana». «Llegó un momento en que no podía funcionar sin consumir», reconoce. Tras una semana alimentándose de pastillas, drogas y alcohol, su madre la encontró en el suelo del cuarto de baño inconsciente. Ingresada en la UCI, un médico detectó lo que le pasaba por primera vez: era una adicta a todas esas sustancias. Ella apenas guarda recuerdos de aquellos días: «No sabía dónde estaba ni qué me pasaba, me encontraba tan mal que pedí que hicieran conmigo lo que quisieran. Necesitaba dejar de sufrir». María pensaba que bebía y tomaba drogas porque el trabajo no le llenaba, porque sus amigos no la entendían y porque no tenía ilusión por nada. «Estaba convencida de que sufría una depresión», aclara, «pero luego me di cuenta de que todo eso me ocurría porque consumía, y no al revés.» Es otra de las falsas creencias en torno a la adicción: que el enfermo consume como consecuencia de una serie de situaciones o desgracias que le han ocurrido en la vida. Es frecuente la búsqueda de excusas e historias melodramáticas que justifiquen el apoyo en los tóxicos. El equipo terapéutico de Mare Nostrum deja muy claro que ninguna situación lleva a alguien a ser adicto. «Uno consume y le suceden cosas», explica Sol Bacharach, quien vivió la muerte de una ▶



**De izq. a dcha. y de arriba abajo** Los enfermos se expresan a través de la pintura. Un momento de la terapia en grupo. Ana tocó fondo a los 30 años.